

REVISTA "UNIVERSUM"

Universidad de Talca

LA MATRIZ MILENARISTA DE LA POLÍTICA MODERNA

Augusto Merino Medina (*)

La presente contribución, corresponde a la conferencia dictada por el Prof. Augusto Merino Medina el día 26 de octubre de 1988, con ocasión del Séptimo Aniversario de la creación de la Universidad de Talca.

El milenarismo es en esencia una doctrina que plantea, que la derrota del "anticristo" dará paso a la aparición corporal sobre la Tierra, de Jesucristo, quien instaurará un reinado de mil años con los justos y hombres de bien, resucitados. Esta esperanza en un reino mesiánico al final de los tiempos, tiene varios sustentos testamentarios entre otros, el Apocalipsis, las cartas de San Pedro, la epístola de Bernabé, Papías y San Justino.

El profesor Merino se refiere en su conferencia a una serie de interesantes aspectos, que hacen posible percibir la raíz sociológica, histórica y también teológica de esta corriente, que tuvo en el primer milenio una considerable raigambre en Europa. La interpretación que dio San Agustín al paisaje del Apocalipsis que se acompaña en el grabado, restó fuerza a los milenaristas durante casi cuatro siglos, y sólo recién a mediados del siglo XII y XIII, con los aportes de Joaquín de Fiore y Gerardo de Borgo las tesis milenaristas ganarán nuevamente en atractivo.

Para el análisis de la ciencia política moderna, destaca el autor, el milenarismo se nos presenta como una corriente con un marcado carácter antiinstitucional, especialmente de aquellas vertientes surgidas durante la Edad Media. El utopismo es otro rasgo, fundado en la creencia cierta de que la paz perfecta es una realidad alcanzable entre los hombres. Una última característica que destaca el p. Merino, es que para los milenaristas es necesario el reforzamiento de ciertas estructuras políticas, mientras el reino de la libertad no haya llegado, es decir, una suerte de totalitarismo. El expositor señala que los milenaristas contemporáneos han secularizado esta esperanza cristiana y el riesgo de distorsión de la realidad trasladada a la política, importa graves riesgos para la sociedad.

(*) Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile. Profesor part-time Universidad de Talca.

La idea de la universidad ha variado no poco desde el s. XIII hasta nuestros días. Por ejemplo, hoy vivimos en un modelo de Universidad que ha sido llamado "profesionalizante", término al cual se atribuye a menudo injustamente, un significado

peyorativo. Además, aquí mismo estamos en una Universidad Regional en un sentido tanto geográfico como curricular, y en relación con esto surgen temas no sólo para una charla sino para muchas: ¿Acaso la idea misma de Universidad no alude a una "totalidad de conocimientos"? ¿Cómo podría existir una Universidad referida a una parte del conocimiento? Sin embargo, ya en la antigua Universidad medieval encontramos especializaciones dentro del amplísimo campo de la ciencia. Boloña era la Universidad para estudiar Derecho. París, la Universidad para la teología. Montpellier, para la medicina. y así vemos como las diversas Universidades, Salamanca, Oxford y otras, fueron en diversas épocas, centro de cultivo preferente de una u otras ramas del saber.

Lo que nunca faltó, sin embargo, en ninguna de aquellas grandes Universidades, que siguen siendo grandes hasta hoy, es un horizonte amplio, un telón de fondo con respecto al cual las diversas especialidades venían a encontrar su lugar adecuado y a relacionarse con las generalidades o con los problemas generales de la cultura. Resulta reconfortante, pues, encontramos hoy en una Universidad como ésta que, regional en los dos sentidos antes indicados se entronca con aquella vieja tradición auténticamente universitaria y procura desarrollar, al propio tiempo que las ciencias particulares que esta región del país necesita, las generalidades o "universalidades" que son el tronco y aún la raíz misma de la idea de universidad. En esto, por lo demás, la Universidad de Talca sigue las viejas tradiciones que hoy, en ciertas partes del mundo en que ellas habían sido olvidadas, se está redescubriendo con enorme interés. Nos contaba hace algún tiempo el Secretario de la Universidad de California del Sur, que está especializada en determinadas ramas del saber, que a los alumnos que ingresan a estudiar química o ingeniería o agronomía se los hace seguir un ciclo básico en el curso del cual deben tomar ramos como "representación dramática", o "música", o "historia de Roma". Todo esto, que en aquel país que pasa por ser el modelo de una educación especializada, es un descubrimiento notable, no es sino una vuelta al gran cauce de la Universidad occidental, del cual nosotros, afortunadamente, nunca nos hemos apartado totalmente o por mucho tiempo. ¿No recordamos constantemente acaso a Ortega y Gasset, una de las lumbreras de nuestro mundo de habla hispánica -sin cuya mención en alguna parte ninguna charla universitaria como ésta puede aspirar a la respetabilidad- quien describió al "hombre masa" precisamente como el ultra especialista que por saberlo casi todo de casi nada, se siente autorizado para decir doctoral mente casi nada sobre casi todo?

Lo expresado hasta aquí no tiene sólo el propósito de permitirme cumplir el rito de citar a Ortega, sino que justificar en cierta forma el tema de esta charla, que nos remite a ese mundo tan necesario de los telones de fondo, de las generalidades, de las universalidades. En efecto, abordare aquí, con toda la agilidad que me resulta posible y que el espacio exige, la cuestión de la matriz milenarista de la política moderna. Procuraré, primeramente, explicar qué es el milenarismo, para referirme luego a dos o tres episodios importantes de su historia, de modo de poder exponer finalmente cómo este movimiento espiritual e intelectual sirve de matriz para la política de la modernidad.

¿Qué es, en primer lugar, el milenarismo? Permitan Uds. que suponga que algunos en esta sala no saben de qué se trata. Lo cual es perfectamente comprensible: la mayor parte del tiempo no percibe uno la atmósfera en que vive y respira.

El milenarismo es una antiquísima doctrina teológica que propone una interpretación heterodoxa de aquel pasaje del Apocalipsis que dice lo siguiente: "Vi entonces un ángel que bajaba del cielo llevando la llave del abismo y una cadena grande en la mano. Agarró al dragón, la serpiente primordial, el diablo o Satanás, y lo encadenó para mil años. Lo arrojó al abismo, echó la llave y puso un sello encima, para que no pueda extraviar a las naciones antes que se cumplan los mil años. Después tiene que estar suelto por un poco de tiempo. Vi también tronos, donde se sentaron los encargados de pronunciar la sentencia; vi también con vida a los decapitados por dar testimonio de Jesús y proclamar el mensaje de Dios, los que no habían rendido homenaje a la fiera ni a su estatua y no habían llevado su marca en la frente ni en la mano. Estos volvieron a la vida y fueron reyes con el Mesías mil años (el resto de los muertos no volvió a la vida hasta pasados los mil años). Esta es la primera resurrección, sobre ellos la segunda muerte no tiene poder: serán sacerdotes de Dios y del Mesías y serán reyes con él los mil años" (Ap., 20, 1-6).

Algunos de los primeros cristianos, que estaban siendo precisamente decapitados por su fe en Cristo en las persecuciones religiosas desencadenadas por los emperadores de la época, dieron a este pasaje una interpretación literal e imaginaron que se aproximaba el momento en que, encadenado el demonio, los mártires resucitarían para recibir, como especial recompensa, la participación en un reinado terrenal de Jesús que duraría mil años, durante el cual ellos, que habían sufrido tan atrozmente, serían maravillosamente recompensados. Luego vendría el fin del mundo y el juicio final. Como la aparición del Anticristo había de anunciar estos últimos acontecimientos, muchos cristianos se dedicaron a escudriñar los diversos episodios de la historia de su época para descubrir signos que permitieran confirmar la llegada del milenio.

De acuerdo con esta interpretación, pues, aquellos que en esta tierra sufrían, serían recompensados en esta misma tierra por medio de una intervención de Dios que establecería aquí su reino como una realidad intramundana, intrahistórica. Esta esperanza en una rectificación de la injusticia padecida tiene raíces en el tipo de mesianismo judío de los siglos inmediatamente anteriores a Cristo. También entonces el pueblo de Israel padeció terribles persecuciones religiosas a manos de los sucesores de Alejandro Magno y de los romanos, y también entonces aquel sufrimiento colectivo dio origen a una esperanza de que se obtendría una revancha respecto de los enemigos gracias al establecimiento de un reino mesiánico intraterreno. Jesús se encontró con diversas dificultades para convencer a sus discípulos de que, no obstante ser Él el verdadero Mesías, su reino no era de este mundo y no tenía intención ninguna de llevar a cabo una venganza política contra los enemigos de Israel.

Si miramos el milenarismo desde una perspectiva sociológica, podremos caracterizarlo como una creencia propia de grupos sociales que experimentan graves padecimientos colectivos, como la extrema miseria, o persecuciones raciales o conflictos de diversa naturaleza. En general, el milenarismo tiende a surgir en situaciones históricas, angustiantes, marcadas por una gran incertidumbre sobre el futuro y por un sufrimiento capaz de trastornar y aún destruir los vínculos sociales. El individuo, sacado a veces violentamente de su vida ordinaria, es colocado en una situación de radical inseguridad en que su horizonte vital desaparece, quedando en la más profunda desorientación. El mundo se le representa como algo esencialmente hostil que él procede, en consecuencia, a rechazar: el individuo termina rechazando, al fin, la condición humana, que le resulta tan intolerable. Este aborrecimiento del mundo, tal como se le presenta, y de la condición humana, tal como se la sufre, es lo que constituye una de las articulaciones más importantes entre el milenarismo y el gnosticismo. Este último en efecto, es un movimiento religioso pagano nacido en los dos o tres siglos antes de Cristo, que se caracteriza, entre otros rasgos, por estimar que el mundo material es absolutamente malo. El maniqueísmo que, como sabemos, sostiene también esto, es, precisamente, una secta gnóstica. En suma, mirado el milenarismo desde la sociología, aparece como un deseo exasperado de venganza y una esperanza desmesurada e impaciente. Ambas pasiones se unen de tal forma que el milenarismo entremezcla elementos de gnosis y de utopía mesiánica: nace el milenarismo así como una ciencia, un conocimiento (una "gnosis") propia de los desposeídos y de las víctimas de este mundo acerca de como la historia tendrá un final intramundano feliz y acerca de cómo llevar a cabo la construcción de la sociedad perfecta que se espera en esta vida.

Fue San Agustín quien dio al milenarismo el gran golpe que lo enmudeció por largos siglos. El Obispo de Hipona leyó, en efecto, el texto del Apocalipsis que citábamos hace un momento en la forma teológicamente adecuada: el reino de mil años del Mesías sobre la tierra ya ha comenzado, es la Iglesia; no se debe esperar un cumplimiento literal del reino milenarista; la culminación de la historia no se dará, como esperaban los milenaristas, en este mundo y sobre esta tierra, sino en el otro, luego de la Parusía o segunda venida y juicio universal. Esa consoladora filosofía de la historia que los milenaristas habían propuesto, una concepción histórica que alentaba la exploración de los signos de los tiempos a fin de anunciar la llegada del milenio, fue reemplazada por una filosofía de la historia que se plantea como una gran exigencia para la fe del cristiano: la historia, en realidad, no es más que un lento envejecimiento de los siglos, una espera en la segunda intervención de Dios en la vida de la humanidad; el encadenamiento de unos sucesos con otros no tiene significado alguno, salvo el manifestar en los diversos casos la Providencia de Dios. El sucederse de los acontecimientos históricos no lleva una dirección determinada: hay avances y retrocesos, cumbres y abismos. Sólo la fe nos indica qué es lo que ha de acontecer en el futuro, pero no nos dice cuándo. Toda otra lectura o interpretación de la

historia es empresa enteramente humana y, por lo tanto, falible. Predecir el futuro histórico dará lugar, a veces, a notables aciertos, y otras, a rotundos fracasos.

La reafirmación de la ortodoxia por San Agustín significó que por 800 años el milenarismo, como esperanza de una culminación intrahistórica de la aventura humana, y la gnosis, como ciencia secreta que descubre la dirección misteriosa en que se mueven los acontecimientos históricos, desapareciera prácticamente de la cultura europea. Pero a mediados del s. XII surgió en el sur de Italia, en Calabria, un notable personaje, Joaquín de Fiore, que es uno de los hombres que más influencia ha tenido en la historia europea, no obstante ser hoy casi un perfecto desconocido. En su juventud parece que Joaquín se unió a la segunda cruzada que iba a oriente y, en todo caso, se dio a las aventuras y es probable que haya viajado por Palestina. Pero, al fin, como suele suceder con estos casos, se metió de monje a una abadía cisterciense, donde se dedicó a la teología y, particularmente, al estudio e interpretación de las Sagradas Escrituras. Con todo, como sus superiores no veían con buenos ojos sus actividades intelectuales, Joaquín decidió huir y fundar una nueva orden monástica, que fuera, de paso, más ascética que aquella de la que venía escapando.

La importancia fundamental de Joaquín reside en que propuso un esquema de la historia universal basado en una interpretación concordantista de la Biblia. El esquema consistía en dividir la historia humana en tres partes, de modo que cada una de ellas concordara, en términos generales, con cada una de las Tres Personas de la Santísima Trinidad. La interpretación de Joaquín es algo oscura y controvertida en varios puntos; pero parece que lo que sugería era que, habiendo ya transcurrido la edad del Padre, es decir, el Antiguo Testamento, y estando en curso la edad del Hijo, o sea, el Nuevo Testamento, la humanidad estaba cercana a ingresar en una tercera y última edad, la del Espíritu Santo, o una edad en que habría un predominio del Espíritu Santo. Ahora bien, esta edad del Espíritu se caracterizaría por la libertad, y habría una serie de transformaciones radicales en la vida de la Iglesia: la importancia del clero, por ejemplo, disminuiría hasta casi desaparecer, con lo cual desaparecería, también toda jerarquía en la Iglesia, y los cristianos serían en adelante hombres "espirituales" que vivirían en libertad, igualdad y concordia, sin necesidad de un aparato jurídico externo que mantuviera el orden; todos los signos y símbolos, entre ellos los sacramentos, también desaparecerían o perderían su importancia y, en fin, habría otras transformaciones igualmente trascendentales. Un aspecto de enorme importancia de estos planteamientos era que esta nueva edad estaría precedida por un precursor o personaje carismático, cuya presencia sería signo de que la humanidad estaba en vísperas de ingresar a la nueva y última edad de su peregrinación terrena. Joaquín murió a comienzos del s. XIII sin que hubiere quedado clara en su vida la ortodoxia de estas doctrinas.

Añadamos a esta historia un nuevo elemento. También a comienzos del s. XIII comienzan a adquirir importancia las nuevas órdenes mendicantes, los franciscanos y los dominicos, que implantan un estilo de vida monacal desconocido hasta entonces en el

mundo cristiano de occidente y profundamente escandaloso para muchos. En efecto, estos monjes, a diferencia de todas las órdenes existentes hasta entonces, que seguían más o menos la regla benedictina "orar y trabajar", no estaban dispuestos a producir ellos mismos su sustento, sino que a dedicarse a otras labores y a vivir de la caridad pública. Además, a diferencia de los monjes tradicionales, los de la órdenes mendicantes aspiraban a tomar a su cargo parroquias y otros puestos que significaban la cura de almas y, en particular, la predicación.

Todo esto y, especialmente el último aspecto relativo a la cura de almas, significaba, para muchos, una nueva concepción de la Iglesia, que hasta entonces se había organizado en torno a los obispos y al clero secular que de ellos dependía, y comenzó en consecuencia a desarrollarse una aspérrima lucha entre los teólogos y clérigos tradicionales y los nuevos monjes mendicantes. Estos últimos aspiraban a una renovación de la Iglesia, a una reforma eclesiástica que parecía indispensable y que, en efecto, comenzó luego a tener lugar; una reforma, dicho sea de paso, en el verdadero y católico sentido de la palabra, a diferencia de la ruptura que había de producir Lutero algunos siglos más tarde.

Hay en esta historia un último elemento que considerar por su importancia para comprender el posterior auge del pensamiento de Fiore. Apenas aparecidos, los monjes mendicantes comenzaron a ocupar puesto en las universidades y, especialmente, en la Universidad de París, que era seguramente la más prestigiosa de la época. Esto provocó todo tipo de reacciones adversas por parte de los profesores que hasta entonces habían enseñado en ellas. Una de las causas principales de estos celos y rivalidades fue que la mayor parte de los alumnos comenzó a matricularse con los profesores nuevos, quienes daban clases incomparablemente mejores, a lo que contribuía, sin duda, su mayor austeridad de vida. Entre los profesores anteriores se daba el caso, en efecto, de que continuamente faltaban a su deber de dictar clases, lo cual ocurría a menudo por la incapacidad de levantarse en las mañanas a causa de las terribles resacas de su vida nocturna. Además, contribuía a la rivalidad el que los dominicos y franciscanos se negaran con frecuencia a participar en las huelgas a que convocaban los capítulos de profesores por diversos motivos, lo cual enfurecía a éstos más allá de toda ponderación. Por ejemplo, en 1253 se produjo en París un disturbio en que participaron estudiantes de la Universidad, con el resultado de un estudiante muerto y muchos detenidos. La Universidad protestó porque había sido violada su inmunidad y pidió el castigo de los policías responsables. Como el gobierno se mostrara pasivo frente al problema, la Universidad decretó la huelga hasta que se atendiera debidamente sus demandas. Los mendicantes, dominicos y franciscanos, no adhirieron a este paro, por lo cual la Universidad acordó exonerarlos a ellos y a sus alumnos y exigir en el futuro a quienes quisieran integrar el cuerpo académico un juramento de obediencia a los estatutos y decisiones de los profesores. Los expulsados no se intimidaron, y siguieron haciendo clases en sus conventos. En otros episodios semejantes a éste, ambas partes, es decir, los profesores antiguos y los nuevos recurrieron al

Papa, enviando todo tipo de mensajeros, de documentos y de declaraciones públicas. Pero los enredos, turbiedades, recriminaciones, falsificaciones e imposturas siguieron adelante, entreveradas con excomuniones y privación de sus beneficios y rentas a los clérigos díscolos.

En medio de toda esta agitación, que siguió por varios siglos en torno a éstas y otras materias, surgió un franciscano que habiendo conocido los escritos de Joaquín de Fiore, y fascinado por las doctrinas en ellos contenidas, decidió utilizarlas para defender a los frailes mendicantes. Este personaje, que se llamaba Gerardo de Borgo San Donnino, publicó en 1254 una obra titulada "Libro introductorio al evangelio eterno", en el que rescataba las ideas de Joaquín de Fiore del cuasi olvido en que lo tenía el público. Gerardo, como suele ocurrir con los discípulos, simplificó las ideas de Joaquín y las llevó a extremos que el maestro nunca había imaginado. Gerardo, apoyado en Joaquín, comenzó a argüir que los monjes mendicantes eran los precursores (la "vanguardia", diríamos hoy, compuesta por intelectuales de ejemplares costumbres...) de la edad del Espíritu, la tercera y última de la humanidad, y predijo que ésta había de comenzar el año 1260. De este modo, Gerardo esperaba consolidar la posición de los monjes mendicantes frente a sus detractores en la Universidad mediante el arbitrio de presentarlos como los "espirituales" que habían de transformar la Iglesia e introducirla en la última y gloriosa etapa de la historia humana. Este uso del pensamiento de Joaquín contribuyó de modo notable a darle un gran atractivo para el mundo intelectual.

No es nuestro propósito, aunque sería tan entretenido e instructivo, seguir estas contiendas en la muy poco pacífica vida universitaria del s. XIII. Lo que aquí interesa destacar es que, a partir de esta época, el esquema de interpretación de la historia universal que la divide en tres grandes etapas, la tercera de las cuales está a punto de iniciarse y conducirá a la feliz culminación de la historia, no ha dejado nunca más de estar presente en el pensamiento occidental.

En efecto, al cabo de unos cuantos siglos, y aunque para entonces la cultura de Occidente ya había comenzado el proceso que suele conocerse como secularización, volvemos a encontrar, dotada ahora de un vigor notable y despojada de sus ropajes teológicos, la idea de que la historia se divide en tres grandes etapas y de que culmina en la tierra. La humanidad será introducida a esta edad final, caracterizada por la libertad, la igualdad y la paz, por obra de un grupo de intelectuales dueños de la verdadera ciencia de la historia, capaces, por lo tanto, de interpretarla y, lo que es más importante, de predecirla. Además, este esquema aparece ahora como un aditamento que estaba latente dentro del mismo: la idea del progreso de la humanidad, y aún del progreso indefinido. Basta recordar en relación con esto a algunos de los autores del siglo XVIII. Turgot, por ejemplo, ya formula una supuesta ley de tres estados en la evolución de la humanidad, idea que reaparece, elaborada hasta el extremo de sus posibilidades en Comte, uno de los fundadores de la sociología en el s. XIX, el cual concibe una primera etapa histórica que está dominada

por el obscurantismo religioso; una segunda en que la humanidad cultiva la filosofía y una tercera, la final, en que la humanidad llega por fin a la ciencia positiva, que le permitirá controlar no sólo los procesos naturales sino también los sociales a fin de crear un verdadero paraíso en la tierra. El mismo esquema, sólo que presentado en forma infinitamente más abstrusa, encontramos en el gran gnóstico que fue Hegel y, por cierto, en el principal de sus discípulos, Marx, a través de cuya descendencia intelectual el mencionado esquema se prolonga con inusitada fuerza hasta nuestros días. Pero además, hay algo que puede bien ser considerado como el éxito ideal de toda teoría: el sentido común mismo de nuestra época estima que hoy indudablemente estamos mejor que ayer, que la humanidad cada vez logra mayores cosas, que la medicina, que la exploración del espacio, y lo demás, olvidando, en este optimista balance, los numerosos aspectos negativos que, inevitablemente, han acompañado a estos desarrollos. Quizá la sola mención de estos esquemas intelectuales tan extendidos y comunes baste para dar una idea de la enorme importancia que tienen hoy estas ideas nacidas de las especulaciones teológicas de Joaquín de Fiore.

Pero es interesante, aparte de este esquema de filosofía de la historia que el milenarismo nos proporciona, destacar varios otros elementos de enorme utilidad para comprender la política de la modernidad. En esta oportunidad mencionaré, brevemente, tres de ellos.

El primero está constituido por el talante profundamente anti-institucional del milenarismo, rasgo que se relaciona con la idea de que la nueva edad que se avecina será el reino del Espíritu Santo, es decir, el reino de la libertad. Y esta libertad vendrá a reemplazar el régimen institucional de la edad del Hijo, que es la edad de la Iglesia organizada jerárquicamente, como corresponde a su condición de Cuerpo Místico de Cristo. En el fondo, este anti-institucionalismo se expresa en una rebeldía frente a las potestades y a las normas que rigen la existencia del hombre. Se trata de una negativa a obedecer fundada en que la vida humana es posible sin jerarquías.

dijo: "Bienaventurados los invitados al banquete de las bodas del Cordero." Y añadió: "Estas palabras de Dios son verdaderas." ¹⁰Yo caí a sus pies para adorarlo, pero él me dijo: "Guárdate de hacerlo; yo soy un siervo contigo y con tus hermanos, que tienen el testimonio de Jesús; adora a Dios." (El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía).

Exterminación de las Bestias. ¹¹Luego vi el cielo abierto y aparece un caballo blanco. El jinete es llamado el Fiel, el Veraz, y juzga y combate con justicia. ¹²Sus ojos son como una llama de fuego; sobre sus cabezas tiene muchas diademas. Tiene un nombre escrito, que Él solo conoce. ¹³Está vestido con un manto teñido de sangre y su nombre es el Verbo de Dios. ¹⁴Y los ejércitos celestes lo acompañan sobre caballos blancos, vestidos de lino fino, blanco y limpio. ¹⁵De su boca sale una espada afilada para herir a las naciones; él las regirá con vara de hierro; él pisa el lagar del vino de la ardiente cólera del Dios Omnipotente. ¹⁶Lleva sobre el manto y sobre su muslo un nombre escrito: "Rey de reyes y Señor de señores". ¹⁷Después vi un ángel puesto de pie en el sol, que gritó con gran voz a todas las aves que volaban en el cielo: "Venid y reuníos para el gran banquete de Dios, ¹⁸para que comáis la carne de los reyes, la carne de los generales, la carne de los valerosos, la carne de los caballos y de sus jinetes, la carne de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes". ¹⁹Y vi a la Bestia y a los reyes de la tierra y a sus ejércitos reunidos para hacer guerra contra el que estaba sentado sobre el caballo y contra su ejército. ²⁰Pero la Bestia fue

apresada y con ella el Falso Profeta, que con sus prodigios ante la otra Bestia había seducido a los que llevaban la marca de la Bestia y había adorado su estatua. Y fueron arrojadas vivas las dos a un estanque de fuego, de azufre ardiente. ²¹Los demás fueron matados con la espada que salía de la boca del que estaba en el caballo; y todas las aves se saciaron de sus carnes.

20 El milenio. ¹Vi un ángel que bajaba del cielo; tenía en la mano la llave del abismo y una gran cadena. ²Prendió al Dragón, la antigua Serpiente -que es el Diablo, Satanás-, lo encadenó por mil años, ³lo arrojó al abismo, que cerró y selló después para que no pudiese seducir más a las naciones hasta que no se cumpliesen los mil años, después de los cuales debe ser soltado por poco tiempo.

⁴Vi tronos; se sentaron sobre ellos y les fue dado el poder de juzgar. Vi las almas de los degollados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la Bestia, ni a su estatua y no habían recibido la marca ni en sus frentes ni en sus manos. Estos vivieron y reinaron con Cristo mil años. ⁵Los otros muertos no vivieron hasta que no se cumplieron los mil años. Esta es la primera resurrección. ⁶Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; sobre éstos no tiene poder la segunda muerte, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, con el que reinarán mil años.

Fin de Satanás. ⁷Cuando se hayan cumplido los mil años, Satanás será suelto de su prisión ⁸y saldrá a seducir a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, Gog y Magog, con

10. El cristiano da testimonio de Cristo bajo la inspiración del espíritu profético. (Ap. 1, 2; 12. 17).

11. Cf. Is. 11, 4.

13. Estamos ya en la revelación del nombre secreto, el Verbo de Dios (Cf. Jn. 1, 1), Jesucristo, el Mesías, en funciones escatológicas.

14. Los ejércitos celestes son los ángeles (Mt. 25, 31). Las vestiduras blancas son el símbolo de su inocencia y de su santidad.

15. Cf. Sab. 18, 16; Os. 6, 5.

16. Cf. Dt. 10, 17.

17. Cf. Ez. 39, 17.

20 1-2. Se vuelve a la historia del Dragón, interrumpida en el cap. 12. El poder de Satanás está limitado por una fuerza superior durante un milenio (número redondo que indica el tiempo que debe transcurrir entre Jesucristo y los últimos tiempos). Luego será soltado por algún tiempo y de nuevo recluido eternamente.

6. La primera resurrección para los bienaventurados es su glorificación en el cielo; la segunda muerte para los condenados es la muerte eterna. Después del milenio vendrá para los bienaventurados la definitiva y plena glorificación.

En diversos movimientos milenaristas medievales, especialmente los de origen popular, este anti-institucionalismo se expresa en un rechazo a las normas morales, especialmente a las que protegen la propiedad y las que rigen el comportamiento sexual. Entre los miembros de las sectas milenaristas se suele vivir en gran promiscuidad sexual, y se suele robar sin remordimiento alguno de conciencia. Una expresión muy plástica de este espíritu lo proporcionan algunas sectas cuyos miembros viven desnudos como forma de rechazo de toda convención social, en una especie de preanuncio de las modernas aspiraciones, tan fomentadas por Rousseau, de "volver a la naturaleza", ecos de la cual encontramos a veces en los modernos movimientos de jóvenes hippies. En general, toda norma moral es abandonada por estos místicos, en una especie de "indiferencia" espiritual: cualquier cosa que ellos hagan, unidos como están íntimamente al Espíritu, no puede ser sino buena. Otra manifestación de este anti-institucionalismo es el radical igualitarismo que suele reinar al interior de las sectas, de las cuales desaparece toda jerarquía clerical y toda jerarquía en general, lo cual a menudo las conduce al caos interno y a la disolución. Toda institución política, que supone una primordial jerarquización entre los que mandan y los que obedecen es considerada también como enemiga de la igualdad propia de los hombres "espirituales". En el fondo, la insubordinación, concebida como una posibilidad concreta de la vida humana histórica en el futuro que se avecina, es uno de los rasgos más claves del milenarismo. Recordemos como para Rousseau, cuya importancia para la filosofía política contemporánea es tan grande a pesar de sus notorias incoherencias, el ideal de gobierno es aquel en que el hombre no se obedece sino a sí mismo, lo cual dicho autor cree posible mediante la participación igualitaria de todos en la elaboración de las leyes. La idea del término del Estado, es decir, el término de toda política que suponga que unos mandan y otros obedecen es una idea contemporánea propuesta, entre otros, por Marx, pero acariciada también por los liberales, cuyo significado parece, a la luz de este origen histórico, mucho más fácil de comprender.

Un segundo rasgo del milenarismo, tal como éste se da históricamente en los diversos movimientos medievales, es su creencia en la posibilidad de alcanzar una paz perfecta entre los hombres, creencia que convive con una terrible enfatización de la realidad del enemigo en la vida colectiva. En las sectas medievales compuestas por campesinos arruinados, vagabundos y diversos elementos de lo que hoy se conoce como el "lumpen", que se han convertido al milenarismo precisamente en razón de la extrema pobreza en que viven, se suele concebir un odio profundo hacia todos aquellos que ellos consideran sus victimarios, quienes deberán pagar más temprano que tarde las injusticias que hacen sufrir a los pobres. La búsqueda del Anticristo, el cual anuncia con su presencia la cercanía del milenio, y la lucha contra el Malo, que debe ser encadenado por mil años para permitir el inicio del reino milenarista, se traduce en la identificación del demonio con diversos grupos sociales que se considera responsables de los males del mundo. El primer grupo que encarna la Maldad es el de los judíos, contra los cuales los milenaristas desatan las más atroces persecuciones. Desde entonces, casi todos los episodios de convulsión social en

Europa han estado acompañados por antisemitismo. Pero, a continuación los milenaristas comienzan a sindicarse como culpables a los ricos. Se dan numerosas casos de matanzas de burgueses a manos de las hordas milenaristas. Están apuntando sus ataques, a poco andar, contra el clero, que acusan de apoyar a los ricos. Y se dan, en consecuencia, matanzas de clérigos y de monjas. Hacia el fin de la Edad Media, en torno a la rebelión luterana, tiene lugar una identificación del Papa como el Anticristo (idea que, por cierto, hemos visto todavía viva con ocasión de la visita del Papa al Parlamento Europeo en Estrasburgo, donde un fanático protestante irlandés lo llamo, precisamente, "Anticristo"). En las guerras de religión de los siglos XVI y XVII los milenaristas del campo protestante identifican todo lo católico como encarnación del Anticristo, y el sentimiento es tan vivo que aún en el s. XVIII, entre los intelectuales milenaristas ingleses, se da una fuerte oposición a combatir en alianza con los países católicos de Europa a Napoleón, que amenazaba a Inglaterra. Pero simultáneamente con concebirse al enemigo ya sea de clase o de raza como la encarnación misma del Mal, al que hay que destruir en bloque, se concibe a los miembros del propio grupo como los "santos", los "puros". De nuevo, en las sectas protestantes vemos surgir estas denominaciones, de las que deriva, por cierto, el nombre de puritanos con que se conoce a algunas de ellas.

Pues bien, destruido el Enemigo, llámese judío, católico o burgués, será posible la paz perfecta, donde ya no habrá más conflicto político.

El milenio consiste, precisamente, en un reinado de perfecta paz y armonía, donde no habrá más que un proyecto político, un sólo diseño de sociedad al cual todos adherirán sin necesidad de dominación o coacción. De nuevo, es un mundo del cual la política está para siempre ausente.

Por otra parte, los sufrimientos de los "santos" les otorgan una especie de rol de salvación universal. Y movidos por esta creencia numerosos grupos de milenaristas recorren las ciudades medievales auto-flagelándose en penitencia por los pecados propios y ajenos. Resulta difícil no recordar aquí el estatuto trascendental que el joven Marx atribuía a los sufrimientos del proletariado a manos de sus explotadores: era, precisamente, esta culminación histórica del sufrimiento humano lo que abría las puertas a la sociedad sin clases, su versión de la edad final.

El tercer y último rasgo del milenarismo que mencionaré aquí en su concepción de que, en tanto no se llegue al reino de la libertad y de la paz perfectas, la vida del hombre es una guerra continua que requiere, para ser ganada, un sometimiento absoluto del individuo a las exigencias bélicas. En otros términos, el tránsito hacia el milenio exige un feroz reforzamiento precisamente de aquellas estructuras políticas que luego habrán de desaparecer para siempre. Se lleva a cabo, de este modo, una confusión perfecta de las esferas de lo religioso y de lo político que permite un control perfecto del individuo, en un anticipo del totalitarismo moderno -régimen político que no debe confundirse con el

autoritarismo, el cual carece de esa intención invasora de lo privado que caracteriza a aquél-. Los casos de este tipo de régimen despótico de vida colectiva entre los milenaristas son numerosos. Bastará aquí citar a los husitas, seguidores en Bohemia del heresiarca Juan Hus, gran milenarista, que condujo a sus seguidores a terribles guerras y crueles sufrimientos.

Podríamos, quizá, seguir analizando los diversos rasgos del milenarismo y descubriendo sugerentes vinculaciones entre ellos y las características de numerosos movimientos y partidos políticos contemporáneos. Pero para no alargar excesivamente esta exposición, resumamos, con Eric Voegelin, lo que se puede obtener, como quintaesencia, de lo que hemos venido diciendo. El milenarista contemporáneo, transposición a "clave laica" de lo que en la Edad Media sostenía el milenarista en "clave teológica", es un individuo profundamente descontento de su situación y atribuye la causa de todas sus desventuras a la maldad de las estructuras sociales, políticas y económicas en que vive, la que contrasta con la "bondad natural" del ser humano atrapado por ellas. La liberación respecto de dicha maldad se puede lograr, sin embargo, para lo cual es imprescindible cambiar radicalmente esas estructuras en un proceso histórico que está al alcance de las posibilidades humanas, y en que el milenarista tiene un rol fundamental que jugar: en efecto, él es quien tiene la fórmula científica para realizar la radical transformación estructural que es todo lo que hace falta para lograr la plena felicidad del hombre sobre la tierra. Dicha ciencia, que sólo alcanzan ciertos espíritus que se han "liberada" (ciertos "iniciados", podríamos decir, para conservar el lenguaje gnóstico), es capaz de descubrir que estamos llegando a la tercera y final etapa de la historia, cuyos indicios son la aparición de un caudillo, símbolo y portador, junto con los científicos "liberados", de la buena noticia del advenimiento de la sociedad, libre, igualitaria y fraterna.

Para concluir, digamos que el estudio del milenarismo, tema tan aparentemente alejado de los problemas que en la actualidad nos abruman, resulta, como esperamos haber dejado claro, extraordinariamente sugerente para entender las actitudes políticas de vastos conglomerados contemporáneos.

Ocurre, sin embargo, que no es fácil advertir hoy la presencia del milenarismo debido a que ha abandonado la terminología teológica en que fue concebido. Con todo, aunque la expresión se haya secularizado, sigue latiendo en los milenaristas contemporáneos la misma fuerza, que proviene de una patología de la esperanza cristiana, es decir, de una esperanza que, errando el blanco, distorsiona toda la realidad y traslada a la política, con los enormes riesgos que ello comporta, dinamismo que son propios de la experiencia religiosa.